

PREGÓN DE LAS FIESTAS DEL CORPUS CHRISTI DE TOLEDO DEL AÑO 2019

por

Sagrario Martín-Caro Rodríguez

Autoridades, ciudadanos y ciudadanas, amigos y amigas.

Yo, que he vivido tantos años extramuros mirando cada día hacia la ciudad, he hecho de Toledo el paisaje de mi vida y del Corpus Christi un centro de interés y curiosidad. No puedo dejar de agradecer desde este gran balcón de pregones que es el teatro de Rojas la oportunidad que se nos ofrece a mi y a la Escuela de Arte de iniciar este evento tan emblemático. Para mi es un gran privilegio estar hoy en el corazón histórico de esta ciudad.

A estas alturas del siglo XXI seguimos necesitando un altavoz para pregonar que el Corpus Christi goza de una salud excelente después de acarrear a sus espaldas siglos de existencia y de experiencia. Aunque se ha dejado de recordar su edad, cada Corpus se transforma y exhibe su juventud primeriza.

La ciudad comienza a engalanarse y, casi sin darnos cuenta, nos convertimos en testigos privilegiados de la mayor transformación de carácter efímero que se produce en la ciudad de Toledo. La mutación del espacio ciudadano en un escenario conformado para la fiesta del sacramento.

Los toldos son los primeros que hacen su aparición en el Corpus, los operarios del ayuntamiento son los encargados de entoldar las calles y plazas del recorrido apoyados por la moderna maquinaria, pero está documentado que mediado el siglo XVI el gremio de los lenceros estaba obligado a entoldar las calles por donde pasaba el Santísimo Sacramento, lo que produjo disputas con el ilustrísimo ayuntamiento.

Los días previos a la procesión ya estamos con los preparativos, los más afortunados harán mudanza de sillas de distinto pelaje y condición, convirtiendo nuestras calles en un espacio de disfrute y convivencia para los vecinos, entre los que se mezclan los visitantes y los turistas.

Los toldos, cielos zurcidos que navegan desde hace siglos a merced del viento, de la lluvia y del sol, se han convertido en símbolos permanentes de la fiesta.

En las calles florecen grandes cascadas de flores multicolores, geranios y guirnaldas vegetales de pino y de boj. Los señoriales reposteros y estandartes se mezclan con los mantones de Manila, y las piezas de ajuar de Lagartera salen de las cómodas

maternas para lucirse en balcones y miradores.

Cuando realicemos el recorrido nocturno la noche previa a la procesión nos introduciremos en un espacio transformado y transformador, iremos caminando sobre la alfombra de tomillo que desprende efluvios y olores a campo y a romería. Los faroles artísticos que cuelgan de los cielos entoldados iluminan el espacio impregnándolo con un halo para-litúrgico que lleva a nuestros sentidos a tiempos inmemoriales.

El origen de la metamorfosis de la ciudad le tenemos que buscar en épocas pasadas, cuando comienza un proceso que ya está perfectamente documentado en los siglos XVI y XVII. Las transformaciones que se producían afectaban a la totalidad de las manifestaciones populares y al universo conceptual que subyace a la vida entera de la comunidad.

En sociedades con una profunda vivencia de lo sagrado, como era la sociedad española del siglo XVI y siguientes, implicaba la permutación de la idea del tiempo cotidiano por la idea del tiempo divino y trascendental. El tiempo dejaba de ser mensurable en horas y días, y su medida se centraba en el hecho divino de la eucaristía.

Una transformación similar y en el mismo sentido se operaba en la idea del espacio. La exaltación del hecho divino tiene algo de rememoración, pero esta rememoración tiene lugar en un espacio distinto al cotidiano del mundo de los hombres. De esta manera, el lugar en que se celebra la fiesta adquiere un carácter divino para las mentalidades de la época medieval y la moderna.

La sacralización de los aspectos más populares de la fiesta responde al deseo reformista de la Iglesia de hacer llegar a una audiencia más numerosa las enseñanzas religiosas, a través, sobre todo, del Auto Sacramental, que saldrá de los muros de la catedral para incorporarse al espacio público.

La Catedral, que hasta ese momento guarda en su seno las manifestaciones de carácter litúrgico, se abre ahora al exterior del templo y convierte el espacio urbano en un anexo. La calle cumplirá la función de escenario eclesiástico y para ello se transformará completamente por medio de arquitecturas efímeras: entoldados, pequeños altares, fuentes y estructuras decorativas que crean, entre plazas y calles, una red de pequeños espacios sagrados, muchos de ellos perfectamente reconocibles, y otros elementos en desuso debido a los lógicos procesos de cambio, tales como los arcos de triunfo, fuentes o esculturas.

Pocas veces los vecinos nos apropiamos de la ciudad, de sus calles, de sus plazas y de sus rincones como lo hacemos en la fiesta del Corpus; esperando la procesión nos agolpamos contra los muros de sillares nobles o de ladrillo urbano, que

curiosamente en Toledo se siguen aparejando hoy como se hacían en el gótico mudéjar.

El día previo a la procesión hacen su aparición por las empedradas, estrechas y sinuosas calles de la ciudad la Tarasca, sobre la que cabalga la Tarasquilla, y los Gigantones. Y se abre un escenario carnavalesco con música callejera que aporta un aire de fiesta popular a la celebración religiosa. Y volverán el jueves por la mañana temprano para realizar el recorrido previo a la procesión.

Debemos tener en cuenta que la procesión del Corpus se manifestaba como una sucesión de símbolos sagrados y profanos perfectamente comprensible para la sociedad de la época.

¿Pero qué simbolizaban la Tarasca y los Gigantes en la procesión?

La Tarasca parte del simbolismo oriental del dragón-serpiente que fue transformado por el mundo judeocristiano en un símbolo del enemigo acechante, y posteriormente símbolo del tentador del edén. La simbología más persistente en la época medieval era la de fuerza del mal y del diablo.

Existen numerosas obras medievales, como la conocida “Leyenda Dorada” de Jacobo de la Vorágine, donde se hace una descripción del dragón en la que aparece como “mitad bestia mitad pez” de grandes dimensiones. Todas las referencias de estas obras relacionan al dragón con la región de Tarascón, destacando que fue amansado por Santa Marta.

En España, la Tarasca será adoptada por la iglesia e introducida en la procesión del Corpus Christi como un elemento que, dado su carácter legendario y popular, es completamente admitido y reconocido por los fieles. Las connotaciones simbólicas del monstruo, del concepto medieval de dragón-serpiente en este contexto, se contrastan al relacionarlo con el Santísimo Sacramento, símbolo de un Dios triunfante. Es en ese momento cuando la Tarasca asume el papel de encarnación del pecado, que finalmente es vencida por el cristo triunfador.

En el siglo XVII se le añade la “Tarasquilla”, portadora simbólica del orgullo y la lujuria, a la que en Toledo llamamos Ana Bolena, considerada como la causante de que se produjera el cisma anglicano que separó a la Inglaterra de Enrique VIII del resto de la cristiandad.

La Tarasca, ese maravilloso y querido dragón que nos asusta con su cabeza móvil y que nos refresca con sus chorros de agua en la algarabía, formó parte del cortejo procesional acompañado de sus inseparables gigantes desde posiblemente el siglo XV.

Ocupaban la cabeza de la procesión, quizás con el deseo de despertar en el pueblo

un sentimiento de temor a lo monstruoso de las figuras, que con el paso de los años generó el sentimiento opuesto, con algarabía y regocijo ante lo que pasa de ser monstruoso a ser carnavalesco. Un sentimiento que hoy perdura entre los toledanos y toledanas, lo que demuestra que la esencia popular de la fiesta se mantiene intacta.

Los Gigantones se presentaban en el cortejo procesional formando parejas, representando a las naciones del mundo a través de sus reyes, que rinden homenaje al Salvador.

El origen de esta representación lo encontramos en textos bíblicos del antiguo testamento.

También debemos tener en cuenta que la tradición convertía a los héroes reales en gigantes, como nuestro gigante representando al Cid.

Los gigantes lucían trajes de gran colorido, con aderezos que imitaban metales nobles, pelucas y sombreros, y rostros de pasta de papel pintados de la forma más real posible que debían dar a los gigantes un aspecto de lo más suntuoso y sorprendente.

Los Gigantones de Lorenzana, que presiden durante el Corpus el gran balcón de la Casa Consistorial, deben guardar un cierto parecido con aquellos de siglos precedentes, aunque más ágiles en la carrera y menos pesados.

El espacio urbano se ha ido transformando y la catedral también participará en esa transformación al sacar al exterior obras de arte que cobran así un valor añadido, el valor público.

La Catedral quedará literalmente envuelta en tapices en una representación barroca de luz y color imposible de superar. Los tapices que se exponen son de origen flamenco y español y responden fundamentalmente al gusto barroco. Tapices de grandes dimensiones tejidos sobre cartones de pintores tan reconocidos con Rubens.

Estas monumentales ilustraciones cargadas de seda, oro y plata cuentan sacrificios bíblicos e historias del antiguo testamento.

Abundan las escenas alegóricas relativas a la exaltación de la eucaristía o la vida de Alejandro Magno.

La monumentalidad, el color y la luz aumentan la fuerza expresiva de estos gigantes del arte que cuelgan de los muros catedralicios. Nos convertimos en espectadores excepcionales de la historia sagrada durante unos días al año.

El momento más esperado para muchos toledanos y toledanas está a punto de

producirse con el comienzo de la procesión, que tuvo lugar por primera vez en 1333, y la salida de la Catedral de la Gran Custodia, núcleo central de toda la fiesta.

Mucho antes de que haga su aparición la gran custodia lo hará otra joya de la orfebrería tardo gótica toledana: la Gran Cruz de la catedral, datada en torno a 1475 fue un regalo de rey portugués Alfonso V.

La cruz es de plata sobredorada y es un magnífico ejemplo de orfebrería gótica por su perfección técnica y la representación naturalista del cuerpo desnudo de cristo. La salvación es el tema central de su iconografía.

La representación de Cristo crucificado, figura realizada en plata, marca el centro compositivo: bajo él reposan la calavera y los fémures de Adán, aludiendo al pecado original, y sobre él la representación de la mamá pelicana que se hiere el pecho para que sus polluelos no mueran de sed, una clara prefiguración de Jesucristo.

La magnífica cruz se apoya en un templete hexagonal con pináculo y hornacinas ocupada por pequeñas figuras.

La Cruz es reconocible por todos nosotros porque es portada por una manga procesional ricamente bordada.

La Custodia aparecerá y nos deslumbrará, convertida en la mayor expresión devocional de la procesión eucarística.

La Custodia surgió como consecuencia de la celebración del Corpus Christi, tras la institución de la festividad por el papa Urbano IV en 1263, pero habría que esperar a que Juan XXII introdujera la celebración de la octava y la procesión pública exponiendo el sacramento.

A lo largo del siglo XV se va afianzando la idea de mostrar el Sacramento al pueblo, tanto en el interior de los templos como en la procesión del Corpus, y se van diseñando recipientes para tal uso.

Al observarla podemos comprobar que está compuesta de dos importantísimas piezas: el ostensorio de Isabel la Católica y la Custodia de asiento de Enrique de Arfe.

El ostensorio o custodia de mano que ocupa el espacio central data de entre 1495 y 1499 y es obra del platero barcelonés, Jaume de Almerique. Se realizó en oro macizo, esmaltes y pedrería, y perteneció a Isabel la Católica. Sus delicadas trazas son góticas y contiene un repertorio iconográfico de pequeños santos esmaltados y un gran remate conocido como el palomar, donde blancas palomas, símbolo de Salvación, hacen acto de presencia.

La otra gran estructura es la Custodia procesional de Toledo, encargada por el cardenal Cisneros para servir de asiento a la de Isabel la Católica. Data de entre 1517 y 1524, y sale en la procesión desde 1595.

Podemos incluirla en el grupo de custodias torre de modelo gótico que Enrique de Arfe comenzó a diseñar en el primer tercio del siglo XVI con el objetivo de exponer el Cuerpo de Cristo.

Se considera que marca el paradigma de la custodia torre de asiento ideada por Enrique de Arfe.

La estructura arquitectónica es transparente y aérea, mostrando el sagrado sacramento, que queda depositado en el magnífico viril de la custodia de Isabel la Católica.

Esta nueva tipología se caracteriza por presentar un perfil piramidal, una planta poligonal y varios cuerpos superpuestos y decrecientes que se rematarán con una forma bulbosa. Estos tipos se construirán en el gótico final.

Su valor artístico trasciende el litúrgico convirtiéndose en una obra de arte total, en una obra de orfebrería monumental trabajada con trazas de arquitectura.

Otra innovación que introduce Arfe en la custodia de Toledo es la aparición de la Escultura, lo que permitirá un gran desarrollo iconográfico.

La Custodia de Toledo contiene un programa iconográfico de Salvación, más relacionado ya con el renacimiento. Evangelistas y Santos Patronos cubrirán los diferentes pisos de la custodia, resaltando la presencia del resucitado y el Jesús niño en el espacio central del segundo y tercer cuerpo.

Sin duda la fiesta del Corpus Cristi es una fiesta de gran plasticidad que está presente tanto en los espacios como en las gentes, creando paisajes urbanos y humanos solos posibles en ella. La plasticidad procede de la magia de la luz que se recrea en los colores, y los proyecta en un nuevo aire que la inunda. Esta es la causa de que el Corpus se convierta en motivo de representación para muchos artistas y creadores de todos los ámbitos y estilos.

Por eso es muy fácil entender que la Escuela de Arte de Toledo, antigua Escuela de Artes y Oficios Artísticos, haya participado de una u otra manera en la Fiesta. Alumnado y profesorado colaboramos en la fiesta de diferentes maneras a lo largo muchos años, poniendo a disposición de la ciudad sus espacios para actividades culturales, exposiciones... Y participamos año tras año en el jurado de selección del Cartel del Corpus.

El Cartel representa el espíritu del Corpus con una visión romántico-historicista de la ciudad.

Enrique Vera, profesor y director de la Escuela hasta la década de los cincuenta, fue un gran pintor y paisajista que también realizó grandes proyectos como diseñador gráfico.

Los dos carteles y el boceto de cartel que hemos elegido demuestran el conocimiento y el dominio que tenía del cartelismo, incipiente en épocas tan tempranas.

En 1924 presentó un cartel donde la fiesta del Corpus estaba representada por un caballero armado que cabalga sobre un caballo blanco, símbolo de la fe, portando el estandarte de la ciudad imperial. Las figuras quedan perfiladas y se recortan sobre un Toledo blanco.

El cartel anunciador del Corpus de 1928 mantiene los elementos historicistas para representar al Cardenal Cisneros, escoltado por dos caballeros cruzados defensores de la fe recortados sobre la catedral toledana. La cabeza del Cardenal se representa sobre una sagrada forma.

Por último, un boceto claramente inspirado en la pintura del Greco, del cartel presentado al concurso de carteles del Corpus de 1944 y que se denominó Caridad.

Los nuevos lenguajes gráficos fueron imponiéndose en el cartel, así lo podemos apreciar en la representación de la procesión del Corpus con una visión fragmentada y geometrizada de los caballeros del Santo Sepulcro, de Antonio Moragón, un asiduo cartelista del Corpus que pasó por las aulas de la Escuela de Arte.

El cartel ganador del concurso de Carteles de 1981 fue de María José González, profesora y compañera de la Escuela de Arte, con un cartel de gran síntesis compositiva donde quedan representados los símbolos de la fiesta, la sagrada forma, los toldos y las palomas.

Quiero recordar que en 1966 se realizó una tribuna situada en la Plaza Juan de Mariana con motivo de los festejos del Corpus Christi en ese año, en la que participaron los profesores Máximo Revenga y Cecilio Béjar realizando la reproducción de las yeserías de unas ventanas del Palacio de Fuensalida, y el profesor José Aguado realizó unas vidrieras de ángeles.

Las vidrieras se desmontaron y se colocaron en las ventanas del taller de cerámica de la Escuela de Arte, con el paso del tiempo y la acción del sol se encuentran un tanto deterioradas, aunque este problema no las desluce, pues les da cierto aire envejecido que armoniza con el estilo neogótico de estas figuras.

Los ángeles portan en sus manos o en recipientes, un manojo de espigas, un pez,

un racimo de uvas y una lámpara encendida. Las ofrendas de estos ángeles adoradores no son puramente motivos ornamentales, sino que están relacionados con conceptos teológicos y con la liturgia.

Una visión contemporánea del Corpus nos la ofrecen las obras realizadas por profesores y artistas plásticos fundamentales en el panorama artístico de Toledo, vinculados estrechamente con la Escuela, y que también han realizado creaciones para esta fiesta en otras épocas.

Aquí vemos obras de Paco Rojas, Félix Villamor, Raimundo de Pablos y Pedro Cases. Sin olvidarnos de la poesía tan emocionante que Felix del Valle le dedica a esta fiesta.

Un recuerdo muy especial para el profesorado y alumnado de la Escuela de Arte que ha participado y colaborado en el desarrollo de la fiesta a lo largo de los años.

Este ha sido el mejor colofón a mi periodo de directora de la Escuela de Arte. Compartir con los toledanos y las toledanas mi pasión por esta ciudad, por sus joyas artísticas y por su historia. Me siento afortunada y estoy muy agradecida por ello a nuestra alcaldesa, Doña Milagros Tolón.

Le doy las gracias a los trabajadores del Teatro Rojas, que me han aportado confianza, apoyo y consejo para que este pregón llegara a buen término. Gracias a Agustín Puig por la aportación de sus fotografías. También a las personas entre bambalinas que han hecho posible ilustrar con imágenes mis palabras.

Gracias a todos y a todas por su atención.

¡¡Disfrutemos y vivamos las fiestas del Corpus Christi!!